

JOLÓ.

SU ESTADO SOCIAL, SUS PIRATERIAS Y EXPEDICIONES PARA CASTIGARLAS, DESDE EL SIGLO XVI HASTA NUESTROS DIAS.

(Continuacion.)

Campaña de Joló en 1852, segun Bernaldez testigo presencial.

Era la una de la tarde del dia 11 de Diciembre de 1850.

Los habitantes de Manila acudian á las playas de esta Ciudad, llevados de la natural curiosidad que en ellos despertaban los preparativos que en mar y en tierra se hacian, anunciando la próxima salida de una expedicion militar, en pocas horas y con el mayor sigilo dispuesta.

En efecto; entre la multitud de buques fondeados en la anchurosa bahía, se distinguian los vapores de guerra *Isabel II* y *Sebastian del Cano*, la corbeta *Villa de Bilbao*, y el bergantin *Ligero*; los dos primeros encendian sus máquinas y alistaban los últimos su complicado aparejo, al mismo tiempo que una columna de 500 infantes, 100 artilleros con dos obuses de montaña y algunos obreros de fortificacion, era revistada en el muelle de Isabel II y estaba pronta á embarcarse al primer aviso; este se recibió á la una y media y, en el acto, personal y material fueron conducidos á bordo de los mencionados buques.

A las tres salió de su palacio el Capitan general D. Antonio de Urbiztondo, Marqués de la Solana, y con el Secretario de gobierno, dos Ayudantes y un oficial de Ingenieros, se trasladó al primero de los vapores, que montaba el Comandante general de marina, Brigadier D. Manuel de Quesada.

A las cuatro se levaron áncoras, y la pequeña escuadra abandonó el puerto sin que nada pudiera traslucirse de las intenciones del Gobernador, quien solamente habia dicho al despedirse: «Voy al Sur de Mindanao.» Pero dejando por ahora á Manila con su incertidumbre y sus sospechas, sigamos á la expedicion que, contrariada por los vientos, tuvo necesidad de recalar en la ensenada de Calavite (isla de Mindoro) y aun de permanecer en ella dos dias, al cabo de los cuales continuó haciendo rumbo á Panay y Zamboanga, en cuyo último punto entraron los vapores el 17, y tres dias despues los barcos de vela.

Allí se agregaron al Estado mayor del General en Jefe el Gobernador y el Co-

mandante de Ingenieros de la plaza; á las tropas expedicionarias, dos compañías de infantería mas 102 zamboanguenos armados; y á la escuadra, un vapor, seis falúas, un barangayan y seis lancanes. El parque de campaña se completó con 70 escalas y 50 camillas, construidas bajo la direccion de los oficiales de Ingenieros que tambien hicieron preparar los tablonos y ligaduras necesarias para formar oportunamente balsas de desembarco y baterías flotantes.

Los proyectos del General, envueltos hasta entonces en el misterio, comenzaron á manifestarse claramente. Despues de realizar el esterminio ya decretado de Tonquil, se proponía refrenar la audacia del Sultan de Joló, demostrándole lo inconveniente y absurdo de los tratados que contra toda razon y derecho habia firmado con gentes estrañas, y exigirle, valiéndose de la persuasion ó si preciso fuera de las armas, que en adelante adoptara por suya la bandera española, única que debiera tremolar en todas las dependencias de la corona, á cuya sombra se despejaría la complicada situacion que el mismo Sultan habia creado, y se haría desaparecer todo futuro pretesto de ocupacion extranjera.

Salió, pues, la escuadra de Zamboanga, y dió fondo en la mañana del 24 en el estrecho canal que separa las islas Belaun y Bocotuan, auxiliares de la de Tonquil. Durante la travesía se fueron á pique los lancanes, arrebatados por la mucha marejada que levantaba un viento duro del NE.; pérdida que era por cierto muy sensible, en atencion á que esta clase de embarcaciones, por su poco calado, se manejan con facilidad y son un excelente recurso para los desembarcos. Una vez en el canal, se envió á la primera de las mencionadas islas una columna al mando del Comandante Coballes, y otra de estas á la segunda de aquellas, que dirigió el de igual clase Ochoteco. El resultado de esta operacion fué, que en Belaun se quemaron 250 casas y unas 16 á 20 vintas y barotos, se talaron los campos, y en un encuentro sostenido con una partida de moros que quiso hacer frente, se mataron 3 y se cogieron 17 prisioneros, entre ellos el *Panlima* ó Datto principal. En Bocotuan se practicó un minucioso reconocimiento de la isla, y como su jefe se mostrase humilde y propicio á reducirse y tratar de paz, celebrese un convenio de amistad, jurando aquel y los suyos sumision y respeto á la soberanía del Rey de España.

Arreciaba el viento, crecía la mar y las

corrientes iban aumentando su fuerza, con lo que se hizo materialmente imposible el desembarco en Tonquil, y por esto, y por no desperdiciar días, se decidió pasar á Joló; pero abierta esta rada al ONO., no hubo forma de mantenerse en ella, y los buques se vieron obligados á fondear al abrigo de la isleta de Pangasina y á perder allí día y medio. Por fin el 29, mejorado el tiempo, lograron coger el deseado fondeadero.

La capital de reino de Joló y residencia del Sultan y su gobierno, está situada al NO. de la isla de aquel nombre, sobre la playa y en el fondo de un entrante de gran diámetro que forma, entre sus dos puntas Diangapit y Matandá, una rada muy desabrigada y peligrosa durante la monzon de los NE.

Tan inmediata á la orilla que las aguas en la pleamar bañaban el pié de los muros, se veía una línea de cinco fortalezas colocadas en defensa recíproca, bien artilladas y no mal dispuestas; siendo las principales y mas resistentes las de los extremos, es decir, la del Sultan que ocupaba la derecha, fundada entre un estero y un rio que la servian de foso, y la del Datto Daniel que cerraba la izquierda de la línea sobre una pequeña eminencia tajada hácia la marina. Estas, como las intermedias, eran en su forma y construcción semejantes á las de Balanguingui que en su lugar hemos descrito.

Por la espalda de los fuertes (abiertos cuatro de ellos por su gola) y aun del interior de los mismos, destacábase la población mora con sus casas de madera ó de caña y nipa, abrigando unas 6.000 almas; y al frente, en camarines ó barracas construidas sobre postes y dentro ya de la mar, el barrio de los chinos comerciantes, que pasarian de 500.

Mas allá del pueblo, como si mirásemos al centro de la isla, se levantan unos montecillos cuya altura aumenta progresivamente á medida que se alejan de nuestra vista, separados por angostos valles cortados por barrancos, pantanos, y súcios lodozales llenos de maleza. Tres fuertes había establecidos en los puntos culminantes, pero lo bastante retirados para que sus fuegos pudieran alcanzar ni entorpecer las operaciones que se hicieran en la playa.

En general, el aspecto de la capital de Joló era imponente por la doble línea de sus fortificaciones y la abundante artillería que sus baterías mostraban; pero las colinas risueñas que la ceñian en torno y en cuyas elegantes cumbres y entre cristalinas fuentes

se alzaban millares de corpulentos árboles proyectando sus apiñadas ramas en el cielo, y derramando sombra en las pendientes cubiertas de verdura, de flores y de variadas y vistosas plantas; la multitud de plátanos y cocoteros que meciendo sus largas y flexibles palmas ofrecian generosamente sus frutos regalados; la bulla y algazara del barrio marítimo de los chinos; y finalmente, el sin número de barquillas que, al rasgar las olas en todas direcciones, iban rozando la costa con sus ligeros remos, hacian desaparecer la severidad del cuadro, y daban al conjunto cierta animacion, belleza y alegría, que no deja de tener su encanto para quien por vez primera llega á visitar aquella region apartada.

A la caída de la tarde del 29, segun hemos dicho, fondeó la escuadra española en línea y frente á los muros de Joló; y despues de hecho y contestado el saludo de costumbre, dispuso el general que al siguiente día 30; un oficial de ingenieros acompañado de otro de marina y un intérprete, fuesen á tierra conduciendo un pliego para el Sultan á quien debian anunciar la presencia en aquellas aguas de la autoridad superior de las islas, y el deseo que le animaba de tener una entrevista con él ó con dos de sus Dattos que al efecto nombrase.

Serian las once de la mañana cuando los comisionados atracaron á la costa al volver de una punta que les ocultaba enteramente de la vista de los buques. Todo parecía estar en silencio; mas al pisar la playa, viéronse de repente rodeados y acometidos por un tropel de gente miserable que con ademanes violentos y dando desaforadas voces les amenazaban, intimándoles la retirada y jurando darles muerte si daban un paso adelante. No es fácil en tales momentos y circunstancias asegurar por donde pasa la línea del deber; pero en la duda, los oficiales se dispusieron á arrostrarlo todo, menos aquello que pudiera en manera alguna mancillar su honra. Despues de intentar, aunque en vano, calmar al irritado populacho, adelantáronse á despecho de las amenazas; y quizá esta resolución les salvó, pues habiendo tomado la dirección del fuerte principal, de él salieron varios Dattos que se les acercaron y protegieron separando las bocas de los fusiles y los hierros de las lanzas asestados al pecho y á la cabeza de dichos oficiales que, sin este inesperado socoro, hubieran irremisiblemente perecido; y aun alguno de aquellos Dattos se vió muy expuesto, por haber he-

cho uso de su campilan á falta de otros medios de hacerse respetar y obedecer.

Era tal el desórden y la confusion que reinaba, que mas de dos horas emplearon los dos españoles en andar 100 pasos y poder llegar al fuerte y palacio del Sultan; pero cuando verdaderamente el furor y la desesperacion de los moros no tuvo limites, fué cuando los vieron dispuestos á subir por la escalera que conducia á la sala de los consejos; allí, traidoramente y por la espalda, descargaron una cuchillada al oficial de ingenieros que, sin herirle la cabeza, le rajó el sombrero; y otra al oficial de marina que tampoco llegó á lastimarle, pero le arrancó la charretera del hombro. Solo el intérprete resultó ligeramente contuso en la espalda. En tan críticos instantes, y cuando iba á empeñarse como último extremo una lucha desigual pero sangrienta, el Sultan, descendiendo apresuradamente la escalera, se abrazó á los dos enviados, sirviéndoles de escudo é impidiendo al propio tiempo que hiciesen uso de sus espadas; solo así consiguió hacerlos entrar sin otro daño en la espresada sala, de la cual fué preciso cerrar puertas y ventanas porque por unas y otras quería penetrar la canalla, que á grandes voces y con insistencia pedia la muerte para aquellos *castilas* ó bien que les fuesen entregados.

A duras penas pudo lograrse un poco de calma, y ocupada la presidencia por el Sultan, rodeado de los magnates y de algunos esclavos con armas, dieron principio los comisionados por entregar el pliego que traían, y que tradujo fielmente el intérprete; inmediatamente despues, esplicaron cuáles eran los deseos del Capitan general y su presencia en la escuadra; todo lo que escuchó el Sultan con indiferencia, aparente al menos, y los Dattos con recelo y manifiesta turbacion. Media hora pidieron para deliberar y dar una respuesta, que se redujo por fin á decir, que el estado de agitacion en que se encontraba el pueblo, no les permitía separarse de sus puestos para visitar como querian al Marqués de la Solana, porque estaban seguros de que se opondrían á ello aquellas gentes que los rodeaban, y especialmente los de la montaña, que para socorrerlos habian abandonado sus hogares y no respetaban como los del llano la autoridad del Sultan. Insistieron, sin embargo, los enviados en la conveniencia de aquel acto, no ya solo de cortesía sino de obligacion; pero fué en vano. Entonces, sin dejar de mostrarse agradecidos á la proteccion de que

eran deudores á algunos de los Dattos allí presentes, acriminaron severamente la conducta aleve observada con ellos desde su arribo á las playas; llamaron su atencion sobre el justificado enojo del jefe español cuando se enterase de lo ocurrido, y sobre las consecuencias que esto traería si no daban, para calmarlo, una satisfaccion cumplida; pero lejos de pensar en ella, murmuraron como por compromiso levisimas disculpas, lo mismo que si se tratase de un asunto sin la menor importancia.

En vista de lo cual, y convencidos de que ni los razonamientos ni las amenazas podrian influir en la resolucion del consejo, aquellos oficiales determinaron de retirarse á dar cuenta del mal éxito de su difícil comision. Abrian ya la puerta del salon, cuando el Sultan los detuvo con el pretexto de que al presentarse de nuevo en las calles serian infaliblemente asesinados, víctimas de un atropello que él mismo confesaba no tener medios de evitar. Era una especie de arresto en el que se pretendia dejarlos, ó tal vez conservarlos como prendas de seguridad para el caso de un rompimiento; pero como se negasen abiertamente á permanecer en tan crítica y estraña situacion, y porfiasen por salir de cualquier manera que fuese y á pesar del peligro que pudiesen correr al verificarlo, uno de los Dattos mas influyentes, despues de conferenciar con sus compañeros, les condujo por las habitaciones interiores del palacio hasta una puerta secreta que comunicaba directamente con la playa; y de una canoa que en esta hallaron tripulada por seis esclavos, se valieron para alcanzar el bote del vapor que los aguardaba; no sin que las inquietas turbas, al comprender que habian sido burladas y se les escapaba la presa, dejasen de hacer algunos disparos de fusil al cruzar el inseguro esquife por delante de los fuertes.

Fácil es suponer el efecto que la narracion de este desagradable suceso produciría en el ánimo del General; y aunque al punto exigió del Sultan, por medio del intérprete, que le entregase los principales cabezas del motin, dando todas las seguridades imaginables para que dos de los Dattos pasáran á conferenciar con él, ni una cosa ni otra le fué concedida. No nos cansaremos de repetirlo; ni conveniente ni digna es, á nuestro modo de ver, esa establecida costumbre de tratar de igual á igual con gentes constituidas y educadas como lo están los moros, porque la generosidad y la tem-

planza no son armas para combatir el engaño y la osadía.

Todas las consideraciones á la amistad prometida, el respeto á la paz, la benevolencia del Gobierno y su noble empeño de evitar la efusion de sangre, habian merecido, no solo el desden, sinó el insulto y el escárnio de parte de aquellos mismos hombres que pudieran haberse aprovechado, como otras tantas veces lo hicieron, de las pacíficas disposiciones del Gobernador; pero con su conducta no le dejaron á este mas arbitrio que el de vengar á sangre y fuego el agravio hecho al pabellon español.

Y sin duda que á estar convenientemente preparados para ello, un desembarco inmediato, el asalto á los fuertes y el destrozo y esterminio de cuanto se pusiera por delante, hubiera sido la razonable consecuencia del escandaloso acontecimiento de aquel dia; pero no estándolo, preciso fué resignarse por entonces y dar la vuelta á Zamboanga; sobre lo cual, y á riesgo de parecer difusos, diremos algunas palabras, si quiera porque esta retirada ha sido objeto de muchos y, en general, mal fundados comentarios.

Si la expedicion organizándose por completo en Manila y saliendo de aquel puerto hubiera podido seguir el rumbo directo á Joló, sin arribar como hubo de hacerlo á Mindoro, á Panay, Zamboanga y Pangasinan; y silenciosamente y de improviso hubiese parecido en su destino, contaba con sobradas fuerzas para hacer entrar en razon á los joloanos que se negaron á escucharla; pero como la escuadra se vió obligada á detenerse á causa del temporal en unas partes y por la necesidad de reforzarse en otras, corrieron entre tanto las horas y los dias, y este tiempo perdido fué de gran valor para los joloanos, que con las noticias anticipadas que tuvieron de los movimientos y fuerza de nuestros buques, y el recelo que en ellos despertaba el recuerdo de la irregular y falsa conducta que últimamente observado habian, se alborotaron y pusieron en cuidado. Resultó de aquí que acudieron en demanda de auxilio á los habitantes de los pueblos vecinos y moradores tranquilos de las cumbres, cuya ignorancia supieron astutamente explotar á su favor haciéndoles creer que los españoles, por el solo placer de hacer daño, venian para destruir sus hogares, apoderarse de sus bienes, robar sus mujeres y dar muerte á todos los hombres que no fueran de su raza y color; y es inútil decir que agitados, enar-

decidos aquellos entendimientos rudos al escuchar tanta ridícula patraña, descendieron sedientos de venganza á reunirse con las gentes de la ciudad para vender caras sus vidas y haciendas.

Asi fué que, á la llegada de nuestra escuadra, la artillería de los fuertes, de ordinario descuidada y mal dispuesta, estaba colocada en batería, y cargadas todas las piezas; en vez de 6.000 almas, tenian en la poblacion hasta 10.000 hombres de pelea, porque los ancianos, las mugeres y los niños fueron preventivamente enviados al interior; abundaban los víveres y las municiones de guerra; los caudillos elegidos vigilaban de continuo sus puestos; en una palabra, se habian tomado por los moros todas las disposiciones que indican la firme resolucion de hacer una defensa vigorosa.

Esto sentado, conviene tener presente que, por encontrarse allí lo mejor y mas escogido de nuestra marina militar y la persona del Capitan general cabeza del Gobierno de las islas, se hubiera calificado y con razon de grave imprudencia el arriesgar un combate sin contar con muchas probabilidades de conseguir la victoria, y estas desgraciadamente no existian. Alterada la mar por la constancia de los vientos nordestes, amenazada la seguridad de los buques ó al menos su estabilidad, lo que hacía presumir la ineficacia del fuego de sus baterias que pide cierto reposo en las aguas; la naturaleza y configuracion de la costa prometia mil dificultades para el desembarco, pues que para efectuarlo debian marchar las tropas á pecho descubierto una milla de distancia con el agua á la cintura, y en direccion de los fuertes para envolverlos despues y atacarlos por la gola (que era el movimiento que parecia mas seguro) con la exposicion de hallar á su paso fuerzas considerables ó defensas ignoradas, pues que solo se tenía conocimiento de las que habia en la playa; además que para esta empresa no llegaban á 500 soldados disponibles, de los cuales mas de 100 eran paisanos con pocas y malas armas de fuego; víveres quedaban para diez dias, de modo que, no logrando el primer ataque, no se podía pensar en secundarlo; y la retirada en caso de descalabro hubiera sido sin remedio desastrosa y de un efecto moral fatalísimo. ¿Quién es capaz de calcular las consecuencias de una derrota en aquellas circunstancias y con los elementos que estaban en juego?

Se sabe y se dice que la artillería de los moros era inferior en calidad á la de nues-

tras baterías: es cierto; pero colocada la suya detrás de los parapetos de los fuertes, y situados estos sobre los puntos de una curva cóncava hácia el mar, el cañoneo hubiera sido sin duda en perjuicio de nuestros buques. Para convencerse de esto, basta recordar lo ocurrido al frente de Balanguingui en 1848 cuando el abrir brecha fué imposible, y en 1849 cuando las corbetas holandesas tuvieron, mal su grado, que retirarse llenas de averías, sin haber podido en 24 horas de cañoneo derribar un solo tronco del revestimiento de las murallas.

En vista, pues, de todas estas consideraciones, el general resolvió llevar á efecto la destrucción de Tonquil, y dar la vuelta, como dijimos, á Zamboanga, en donde habian de reunirse los elementos indispensables y de todo género, para ejecutar definitivamente sobre Joló lo que aconsejaba y aun exigía el lastimado honor de nuestras armas.

Diremos para concluir, que al amanecer del 1.º de enero de 1851, hallándose los buques en franquía y á pesar de la actividad con que se hizo la maniobra de levar anclas y darse á la vela, recibieron estos algunos balazos de una descarga general de la artillería enemiga, causándonos siete muertos, cuatro heridos, y varias, aunque pequeñas averías, en los cascos y arboladura. Por nuestra parte y sin dejar de navegar, se arrojaron con acierto multitud de granadas, para contestar al villano insulto de los defensores de Joló.

Al día siguiente 2, muy de mañana, se detuvo la escuadra entre Bocotuan y Belaun, y después de hacer un nuevo reconocimiento de estas islas, se trasladó á Tonquil. El 4 desembarcaron en sus playas hasta 600 hombres al mando del Coronel Conti, pero contra lo que era de esperar, los guardadores de este cuartel general de los piratas, no hicieron resistencia formal; solo se presentaron aquí y allí diseminados algunos grupos armados, que fueron en el acto disueltos; dos fuertes abandonados, unas 1.000 casas y 106 embarcaciones se redujeron á ceniza; además se cogieron cuatro moros, recibieron la muerte 25 y se rescataron 29 cautivos.

Destruída la amenazadora Tonquil, se recogió la gente á bordo, los buques se pusieron en movimiento, y á medio día del 5 verificaban su entrada por el canal de las islas de Santa Cruz, en la rada de Zamboanga; dos horas después, el Comandante general de marina salió para Manila con dos vapores, en uno de los cuales iba el Secretario de go-

bierno con pliegos é instrucciones del General en jefe para el Segundo Cabo de las islas.

Grande fué la desventura de todos los que tuvieron la desdicha de presenciar lo ocurrido en Joló el 29 de Diciembre y el 1.º de Enero: pero el abatirse y el doblar la altiva frente ante los contrarios golpes de la fortuna, es de ánimos apocados y mezquinos; especialmente en las ocasiones solemnes en que se juega el decoro y la dignidad del país: por suerte, aquellas pobres cualidades no son propias del carácter español. Cuanto mas difícil se presentaba á sus ojos el empeño de acometer á los rebeldes en su formidable guarida, tanto mas crecía y se desarrollaba su entusiasmo y valor, y esta disposición de su espíritu, no solo la sintieron y halagaron, sino que supieron transmitirla á los leales habitantes de Filipinas. Españoles é indios, empleados y particulares, grandes y pequeños, todos con la misma fé y como movidos por igual resorte se decidieron por la guerra, apresurándose cada cual con aquello que podía á procurar recursos de toda especie, que por cierto nunca faltan allí donde hay unidad en el pensamiento y firmeza en la voluntad. Gentes, armas, y dinero se reunieron como por encanto, y con tales elementos y en el brevísimo trascurso de 15 días, se organizó en Manila un refuerzo de mucha consideración.

Y mientras la capital de la colonia disponía tropas, alistaba barcos, compraba y almacenaba provisiones, reunía caudales y armaba la milicia voluntaria para guarnecer la plaza que se habia desprendido de casi todos sus soldados, las compañías que quedaron en Zamboanga ocupaban su tiempo en ejercicios diarios, ejercitándose en las evoluciones y maniobras de su instituto; los oficiales de ingenieros improvisaban alojamientos para 2.000 hombres, dirigian la construcción de escalas de asalto, camillas para los heridos y balsas de desembarco; y como para fabricar estas se necesitasen lancas y no las tenían, el capitán Carrillo de aquel Cuerpo marchó á Basilan, en cuya isla, y teniendo á sus órdenes solamente algunos soldados y un centenar de presidiarios, trabajando día y noche sin descansar y con mucho celo é inteligencia, botó al agua en pocos días mas de sesenta, y con ellos, los obreros ayudados por la marinería construyeron hasta 30 balsas capaces de trasportar cada una 80 hombres.

Un religioso agustino, llamado el P. Pascual Ibañez, se brindó para trasladarse á

Cebú y traer de aquella provincia embarcaciones y gente de armas. Diole licencia el General; y el joven sacerdote, lleno de fé y atrevido, organizó en pocos momentos una flotilla de 21 barangayanes tripulados por 750 hombres armados de lanza y rodela, y al frente de ella se presentó en Zamboanga el 25 de Enero, siendo recibido por todos con merecido aplauso.

Otro español, capitán de milicias de Iloilo D. Joaquín Ortiz, se apareció con un bergantín de su propiedad, ofreciendo sus servicios á la cabeza de 100 voluntarios, equipados, armados y mantenidos de su cuenta.

Por último, en los días 6, 7 y 8 de Febrero, fueron llegando de Manila los vapores, y el 12 los trasportes; quedando definitivamente compuesta la nueva expedición de la manera siguiente:

EJÉRCITO.

General en Jefe.

Plana mayor; los Jefes y Oficiales que asistieron anteriormente con el aumento de dos Ayudantes, un Coronel de Artillería, otro Coronel y un Comandante de Ingenieros, y los Médicos, los Capellanes y los empleados de la Administración militar.

	Jefes.	Oficia- les.	Individuos de tropa.	Paisa- nos.
Artillería europea.	»	4	101	»
Idem indígena.	»	7	152	»
Obreros de fortificación. »	»	1	30	»
Infantería.	10	118	2593	»
Bisayas de Cebú.	»	1	»	525
Voluntarios de Iloilo.	»	1	»	100
Zamboanguenos.	»	»	»	300
Total.	10	132	2876	925

ARTILLERIA. . . 6 obuses de montaña.

INGENIEROS. . . El parque completo de campaña.

MARINA.

Buques.	Corbeta.	1
	Bergantín.	1
	De guerra. . . Vapores.	3
	Lanchas cañoneras.	2
	Falúas.	9
De transporte.	Barcas.	4
	Bergantines.	5
Barangayanes.	21	

Y además se llevaron varias vintas, lanchas y balsas que se conducían á remolque.

Cuando todo estuvo listo y ordenado, se hizo embarcar con la distribución conve-

niente el material y el personal, después de celebrar una misa en el campo para implorar el favor del cielo; y al rayar el alba del 19 de Febrero, es decir, á los 45 días del cañoneo leve de Joló, el Marqués de la Solana abandonaba la rada de Zamboanga para reducir á escombros aquella fuerte y arrogante ciudad.

El bien combinado plan de ataque estaba reducido á embestir la línea de las fortificaciones por ambos lados simultáneamente; y una vez conquistados los baluartes extremos, caer sobre los del centro que, para entonces, amenazados de frente y de flanco, no tendrían defensa posible. Para esto, el total de la fuerza se dividió en dos columnas al mando, respectivamente, de los Coroneles Conti y Soto, compuesta la primera y que había de obrar sobre el flanco izquierdo de la posición enemiga, de 4 jefes, 43 oficiales, 970 individuos de la clase de tropa y 300 paisanos, mas una reserva de 542 de los primeros con 25 oficiales; y la destinada al flanco derecho, de 4 jefes, 37 oficiales y 1324 hombres, de ellos 700 soldados, con una reserva de 655 de estos últimos; la primera columna llevaba dos obuses de montaña, y cuatro la segunda.

Al amanecer del día 28 empezó el desembarco de las tropas silenciosa y ordenadamente, facilitando esta delicada operación los botes y vasos menores de la escuadra, que con su pequeña artillería y apoyando á las compañías de vanguardia, despejaban la playa de algunos grupos de moros de á pié y de á caballo que intentaron sostenerse en ella. A las siete, es decir, apenas transcurridas dos horas, se hallaban formadas en sus puestos las tres columnitas parciales en que se dividió la de la derecha nuestra, y las cuatro que componían la total de la izquierda. El Capitán general desembarcó en este último costado.

Desembarcados ya los buques y dada la señal de ataque, se dispusieron para cañonear los fuertes; estos á su vez, empezaron á jugar su artillería con poca actividad y acierto. El espectáculo era magnífico; la corbeta sobre sus anclas, inundaba con el fuego de sus terribles obuseros la población y sus defensas: el bergantín *Ligero* favorecido por la virazón, navegaba presentando alternativamente uno y otro costado á la posición enemiga, y siguiendo en cuanto le era posible los movimientos de los tres vapores que, en bordos de E.N.E.—O.S.O. á toda fuerza de máquina, con andar de 8 á 9

millas, paseaban gallardamente la rada vomitando proyectiles. Y alguno de ellos avanzó hasta ponerse á tiro de fusil de los parapetos de tierra que habian quedado bien descubiertos, porque los moros quemaron el barrio de los chinos que les ocultaba la vista de la escuadra.

En esto, la columna de la izquierda, siguiendo la direccion del fuerte Daniel, marchaba por una pequeña cinta que queda entre la mar y un bosque desde el cual los enemigos intentaron, aunque en vano, cortarla. Cuando la vanguardia llegó á encontrarse dentro del tiro de cañon del segundo fuerte, ó sea el de Asibi, recibió una descarga general de la artillería del primero. En el instante, y como si el estampido del cañon fuese la señal de acometida, la primera de las columnas parciales al mando del Coronel Iribarren, se arrojó con ímpetu al asalto por el paraje cabalmente mas difícil aunque á primera vista no lo pareciera, es decir, por un portillo estrecho, pendiente y resbaladizo; y allí, despreciando los peligros, sostienen con bravura una profiadísima refriega, sufriendo los disparos de unos cañones del baluarte Daniel que tomaban la posicion de flanco, y contra los cuales se hizo jugar la batería de obuses bien situada y dirigida por el Capitan de artillería Herrera Dávila. Pero la defensa que los moros hacían era desesperada, y tanto, que á pesar del brio del ataque no se adelantaba un paso; amigos y enemigos disputándose á palmos el terreno, caian juntos en el mismo monton, y al cabo de una hora, sin alcanzar ventaja manifiesta, hubo que ceder el puesto y replegarse, aunque sin abandonarlo enteramente. Avanza entonces la segunda columna mandada por el Comandante Aperregui y la de paisanos á cuya cabeza iba el P. Ibañez, y con este refuerzo vuelve á renovarse la accion con encarnizamiento. El fusil y la espada, la escopeta y la pistola, la lanza y el cuchillo, todas las armas son buenas en aquellos crueles combates de hombre á hombre en los que ocurrieron lances personales muy distinguidos. El intrépido religioso trepa á lo mas alto de la muralla, dirige á los suyos con su voz y los estimula con su ejemplo; acude á todas partes, reprende á los tibios y aplaude á los valerosos, con igual serenidad y pericia militar con que los jefes á oficiales dirigen y estimulan al soldado; mas en el momento en que quizás saboreaba el triunfo, le alcanzó una bala en el hombro derecho, que poco despues le

arrancó la vida; tres oficiales cayeron á su lado heridos mortalmente, y confundíendose los cadáveres de los enemigos que pasan de 70, con aquellos de nuestros valientes, hacinados unos y otros como estaban, llegaron á obstruir el ya difícil paso, de forma que se hizo de todo punto impracticable. El General en vista de esto destaca tres compañías de la reserva que dirige su secretario Enrile, las que, á la carrera, van al primer ángulo del fuerte no distante del portillo. Nuevo encuentro, nuevas pruebas de valor y nuevo asalto; pero el enemigo no ceja, antes reúne sus fuerzas y rechaza con ardor á los primeros que intentaron subir y fueron los de la primera mitad de la compañía del Capitan Saló que los guia. La tercera columna, la del Comandante Olloqui, acude en apoyo de sus compañeros que reanimados vuelven á la carga; 4 oficiales y 25 soldados habian sido ya muertos ó heridos cuando el Subteniente de infantería Bibiano coloca sobre el parapeto la bandera numeral de su columna; no pudo sin embargo sostenerse, y envuelto con otros cayó derribado del muro abajo; levántase ligero, vuelve á subir y á fijarla, y esta vez fué para siempre; porque las voces de victoria llenaban el espacio, y los pocos defensores que escaparon con vida, no pudiendo resistir mas, apelan á la fuga, huyendo precipitadamente á refugiarse en uno de los inmediatos fuertes.

Tomada posesion del conquistado, el Capitan Garnier con su compañía persigue á los fugitivos y los alcanza en el momento en que se afanaban con la mayor confusion por entrar en el fuerte de Daniel; dá entonces una carga á la bayoneta, y confundido con ellos penetra en el recinto, se echa sobre los cañones, y acuchilla á los pocos que intentan atajarlo; los moros al fin, llenos de espanto, se arrojan desde los parapetos á la campaña y á los manglares, dejando en nuestro poder aquel baluarte que habia adquirido cierta celebridad por su buena construccion, y por la importancia del Datto á quien pertenecía.

Recogidos los muertos y trasladados los heridos á los buques, se establecieron puestos de guardia y tomaron otras oportunas medidas para conservar las nuevas posiciones; despues de lo cual, dos compañías se adelantaron á reconocer los fuertes inmediatos de Maribajal y Buyoc, los que hicieron muy poca resistencia y fueron pronta y fácilmente ocupados.

Las tropas de nuestra ala izquierda habian llenado cumplidamente su cometido. Veamos ahora cuales fueron las operaciones de la derecha.

Después de formadas en la playa las tropas, artillería y reserva de este lado, emprenden el movimiento (sirviéndoles de guía un cautivo liberto) á través de unas colinas inmediatas á la costa y que están al Sur de la poblacion, con el objeto de ganar unas alturas que dominaban por la espalda al fuerte del Sultan. Con mucha pena iban ganando el áspero terreno sin camino ni senda, conduciendo á hombros los obuses y cajas de municiones, cuando se oyó gran estrépito de voces y aclamaciones de una gruesa partida de hasta 600 moros, que apareció coronando las eminencias que ceñian la hondonada ó barranco en que se veía entonces empeñada la segunda de las columnas parciales mandada por el Comandante Coballes, habiéndolo pasado ya la primera que iba á cargo del de igual clase Ochoteco.

Hicieron alto las dos, y rehaciendo sus fuerzas Coballes, incita á los enemigos á venir á las manos; no se hicieron ellos esperar mucho, pues enardecidos á la vista de los nuestros y confiados en su ligereza y conocimiento práctico del suelo, descienden por ambos lados y con rapidéz de la montaña, lanzando multitud de agudas armas arrojadas y haciendo disparos de fusilería; repitieron el ataque segunda y tercera vez, llevando su atrevimiento hasta el extremo de coger con sus manos las bayonetas de la primera fila de soldados que á pié firme resisten el choque; toman estos á su vez la ofensiva, cargan con denuedo, y desbaratan los grupos enemigos que á la desbandada se dispersan en todas direcciones á buscar su salvacion en los bosques: 19 hombres quedaron tendidos en el campo. El Comandante Ochoteco que con parte de su columna habia prestado algun apoyo á la de Coballes, en cuanto vió la accion terminada continuó tranquilamente la marcha seguido de las otras dos; reuniéndose todas á las nueve de la mañana en la posicion buscada, ó sea en la altura á retaguardia del fuerte del Sultan, y á la distancia de un tiro largo de fusil de la gola de aquel gran baluarte.

En la noche nada ocurrió de notable. Solo por la parte de la izquierda se oyó algun fuego de fusil que las avanzadas hicieron, para rechazar las intentonas con que los moros ocultos en los manglares procuraban inquietarlas. Las tropas de la derecha que per-

noctaron en la playa á donde habian regresado por determinacion de su gefe á esperar órdenes para las operaciones del siguiente dia, en cuanto amaneció este, que era el 29, repusieron sus municiones, y tomando la senda ya conocida, vuelven á situarse en la altura de que habian tomado posesion la víspera.

Las columnas de Ochoteco y de Coballes, sin detenerse en la cumbre empiezan á descender por una quebrada de la montaña, al final de la cual se descubrian los dos fuertes de Moloc y Buloc cuya existencia se ignoraba, y determinaron apoderarse de este último que era el mas próximo. Dificultaba el intento la circunstancia de hallarse situado en el centro de un estenso y fétido barrizal; pero esto no fué bastante para contener á los soldados animosos, que lo pasaron sin titubear, metiéndose en el fango hasta el pecho, y sorprendiendo la entrada de un portillo que tenia la muralla y estaba medio abierto, ocupan esta deshaciéndose de los pocos moros que la defendian; dejóse allí un piquete para custodiar este punto de apoyo á retaguardia, y prosiguió el comenzado movimiento siguiendo una cómoda calzada que puso á las columnas en la gola misma del fuerte del Sultan, fuerte que habian abandonado ya los enemigos, á causa sin duda del mal éxito que tuvo la obstinada resistencia que hicieron por su derecha y de los horrosos estragos causados por la artillería de la escuadra.

Poco quedaba ya por hacer; Coballes con dos compñias marchó á explorar el terreno de las cercanias y á verificar un reconocimiento del fuerte de Moloc, que ocupó sin que nadie se le opusiera: el oficial de Ingenieros Bernaldez, con igual gente, quedó encargado de el del Sultan, y trabajando por atajar el incendio ocasionado en la muralla por el proyectil de un obusero. Ochoteco con las compañías restantes siguió la direccion que debia ponerle en contacto con la izquierda del ejército, al mismo tiempo que el Coronel Conti con la tercera de sus columnas y la reserva, bajaba al llano para incorporarse á las otras fuerzas.

Media hora despues, el Marqués de la Solana se alojaba en el que fué palacio del Sultan Mahamad Pulalon de Joló y esta habia sucumbido á la voz del general español y por los esfuerzos de aquellas valientes tropas que merecieron, como las mejores, el bien del país.

Fué una cruel leccion la recibida por los piratas joloanos que se habian juzgado in-

vencibles; mas de 300 perdieron allí la vida, entre ellos varios de sus mejores caudillos; de nuestro lado hubo 36 muertos y 92 heridos.

Cuatro dias permaneció el ejército victorioso en las nuevas posiciones conquistadas, para desmontar y embarcar despues las 112 piezas de artillería recogidas (entre las que habia de todos tamaños y calibres) formar el inventario de los efectos de algun valor que se encontraron, levantar el plano de las defensas y del teatro de las operaciones, y por último, reunir y dar la distribucion conveniente al pié de los revestimientos de las murallas y en el interior de las cañoneras, á una gran cantidad de combustible para abrasar los fuertes cuya destruccion se habia resuelto definitivamente por el Capitan general, despues de oír la opinion de un consejo de gefes y oficiales facultativos que estudió detenidamente la cuestion importante de si seria conveniente, y en su caso posible, la ocupacion de aquel territorio, ó darse por satisfecho con lo ejecutado hasta allí.

Dadas las órdenes para proceder al reembarque al amanecer del 4, dos Capitanes de Ingenieros se dedicaron á construir un muelle provisional, no menor de 70 varas de largo, puesto que debia llegar hasta la separada línea de sonda para el calado de las falúas y barangayanes; al efecto se aprovecharon de cuantos maderos, postes, ligaduras y tablas de piso pudieron recoger en el derribo de las casas mas inmediatas. En solo cinco horas de trabajo se dió la obra por terminada y gracias á ella y á la actividad con que maniobró la marina sutil, dos horas despues todas las tropas se hallaban á bordo de sus respectivos buques; antes de retirarse las dos últimas compañías se habia pegado fuego á la poblacion y á los fuertes que las llamas devoraron, sostenidas por la cuidadosa preparacion que se habia hecho del combustible, pues caía en aquella ocasion la lluvia á torrentes y lo inundaba todo.

Al amanecer del 5, la escuadrilla española abandonaba la rada dejando á sus espaldas un monton de escombros y de ruinas, restos de la capital de Joló. Terrible contraste para quien ocho dias antes la vió tan poderosa y altiva, rodeada de fortalezas, y respetada y temida de los territorios vecinos y de sus rivales los pueblos de Mindanao!

El fugitivo Sultan y sus Dattos, ocultos en lo mas recóndito de sus bosques y abandonados allí de todos los suyos que empezaron á mirarlos con desprecio, queriendo

conquistar la perdida amistad de los españoles y el amparo del jefe de la colonia, pidieron con vivas instancias y obtuvieron el asentimiento del gobierno para celebrar un tratado de paz, que firmó con ellos, autorizado convenientemente, el Coronel Cárles Gobernador de Zamboanga; en él suplican los no ha mucho tan soberbios magnates, que todas aquellas posesiones sean incorporadas de hecho á la corona de Castilla, su *única Señora y Protectora*, por considerar á nuestros Reyes como á sus legítimos soberanos, no solo en virtud de los convenios ajustados en épocas anteriores, sino *muy particularmente por la reciente conquista de Joló*; se comprometen á no levantar fortificaciones ni comprar armas de fuego sin permiso del gobierno español, y á cooperar con su auxilio á la pronta ereccion de una factoría en aquellas costas, para promover el tráfico y dar impulso al comercio.

El objeto de la espedicion se habia llenado cumplidamente. Por ella, nuestra bandera tremolaba en las playas joloanas hollando á sus piés el estandarte mahometano. Por ella, el Sultan mas influyente de la morisma reconocía y declaraba lo que nunca debió borrar de su memoria, es decir, que no era sinó el vasallo de una nacion poderosa, sin el mas pequeño derecho para enagenar porcion alguna de un territorio que solo por tolerancia ocupaba; y finalmente, ella hizo desaparecer y arrancó de sus manos un formidable armamento á grandes espensas reunido, y las fortalezas, trabajo de mas de un siglo, á cuyo abrigo los mas fieros piratas, burlando la vigilancia de nuestros cruceros, llevaron su locura hasta imaginarse invencibles provocándonos al combate.

LA VIDA PRÁCTICA EN FILIPINAS.

CARTAS DE EMILIA Y ZOA SOBRE ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Carta II.

Querida Emilia: me temo que no podamos entendernos en mucho tiempo, y además estamos de desgracia. Quiso el enemigo malo, que lo enreda todo, que mi marido reparase en los bonitos objetos que me has enviado, apesar de mi advertencia de que nada se puede usar aquí de los adornos que ahora son de moda. Me pidió explicaciones, le dije su procedencia y no pudo contener una de aquellas

carcajadas nerviosas que espresan sus grandes sorpresas. Bien! decía ¡primoroso! ¡espléndidamente ridículo! Qué peinado! ¡que sombrero! Gozaré en vértelo puesto en casa para darme cuenta mejor del alcance de ciertas aberraciones y tiránico poderío de la moda; pero como no tiene este pueblo otra persona capaz de comprender tales caprichos, y no hay conveniencia alguna en parecer ridícula á los ojos de estas gentes, no usarás nada de eso fuera de casa. Vestida con sencillez les pareces una diosa porque, la verdad, nunca has sido fea y aun estas de buen pasar; pero si te pones esa castaña, ese sombrero y los demás arreos, ellos que no saben lo que son vuestras modas, van á creer que has perdido el seso.

Por duro que todo esto te parezca mi buena amiga, es la pura verdad. Las mugeres nos vestimos segun los caprichos de la moda y solo para las mugeres: es un perenne regatéo de extravagancias. A los ojos de los hombres, cada una de nuestras frecuentes y atrevidas novedades de peinado, sombrero, forma del traje etc. etc. es una impresion desagradable, si he de creer á mi marido, tanto por lo que suelen costar, como porque su patente de origen é invencion suele ser poco respetable. No me tomes á mal, pues, que te devuelva esos objetos que yo no puedo usar aquí porque estoy sola: no hay otra muger que me los pueda envidiar. Casi pensaba todo el mundo de la misma manera en Manila hace algunos años, cuando se salía de casa con un bestido de beatilla blanca, y por único adorno, una flor en la cabeza: mi marido dice que parecian ángeles aquellas mugeres tan sencillamente vestidas; pero ahora ya veo que eso es un pequeño París, y los anuncios de los periódicos me dan á conocer que existe el lucrativo comercio de fruslerías mugeriles, que antes no se encontraban.

Te ofrecí en mi anterior continuar mi historia de *baga*, con el objeto de que en ella aprendieses algo, aunque es mucha verdad aquello de que nadie escarmienta en cabeza ajena.

Como recordarás, quedaba mi relato en la situacion embarazosa de tener que confesar á mi marido cuanta razon tenía en calificar duramente los excesivos gastos de nuestra instalacion bajo un pié que, si bien corriente y de costumbre en el país, no dejaba por eso de estar fuera de relacion con nuestros recursos. Ya te dije que mi marido al volver á casa me encontró anegada en llanto. ¿Era arrepentimiento ó despecho? No lo

sé; pero sus cariñosas maneras me serenaron, y á su lado me sentí contenta. Pocos momentos después me dijo:

—¿Ves que noche tan hermosa? ¿No te sería agradable venir á dar un paseo conmigo?

—Bien, le contesté, mandaré que enganchen el carruage.

—No, muger, no es eso: te invito á dar un paseo á pié. ¿No reparas que luna tan clara y que cielo tan trasparente? Vamos á la playa de Sta. Lucia, á respirar las frescas y sanas brisas del mar; y para eso estás bien con el traje de casa, porque no encontraremos gente á estas horas.

Salíamos ya, y al reparar mi marido en que yo no tomaba disposicion alguna, me dijo:

—Hay que irse acostubrando, amiguita mia, al arreglo. Son poco mas de las ocho, y en prevision de que llegase alguna visita, tenias encendidas las lámparas. Si ahora salimos, y llegaremos despues con mas deseo de acostarnos que de recibir á nadie ¿á qué ese gasto de luces? ¿Por otra parte, dejas á la criada sola en el cuarto al lado de las niñas ya dormidas. ¿Y no te parece que, á modo de proteccion para esa pobre muchacha y de seguridad para todos, debe quedar la puerta cerrada durante nuestra ausencia?

Conocí que tenía razon, y principiaba yo á sentir el peso de su superioridad de sentido práctico hasta en las cosas que eran de mi obligacion; así es que me propuse ir aprovechando las lecciones. Mis ideas habian sufrido en dos horas un cambio radical, me encontraba muy bien dispuesta para entrar en una vida nueva.

Una vez fuera de murallas respiré con fuerza, como si hasta entonces me encontrase falta de aire. Iba ya cerca de un año que yo no habia dado un largo paseo á pié apoyada en el brazo de mi marido. Si en aquel momento te hubiera tenido á mi lado, te habría convidado á correr como cuando estábamos en el colegio, porque la alfombra de cespéd y el espacioso horizonte parecian escitarme á dar expansion á la vida y á la juventud que sentía rebosar en mi. Conoció mi marido que iba contenta y me acercaba unas veces á la orilla del mar y otras al muelle haciéndome reparar en los barcos y en cuanto estaba el alcance de nuestra vista. De vuelta ya, me dijo:

—¿No es verdad que el no pasear de este modo es desconocer las ventajas y placeres que ofrece el clima mas mimoso de la tierra? ¿Cómo se puede considerar comodidad el uso

del carruaje para venir á respirar estos aires mas puros y á contemplar las soberbias puestas de sol que de este sitio se alcanzan y á disfrutar de noches como esta que parecen soñadas por un poeta? ¿Qué te falta aquí para que tu contento sea completo? A tus niñas corriendo, desentumeciéndose de esa vida de invernadero que se hace en Manila, mal sana con especialidad para las naturalezas mas robustas. Pero hablemos un poco de otros asuntos mas serios, si es que ello no te disgusta.

—No, no me disgusta, le contesté; ya sé de lo que vas á hablar y estoy impaciente por conocer todo tu pensamiento y tus planes que serán los míos.

Me apretó la mano en señal de gratitud y contento por mi docilidad, que era muy sincera, como la de casi todas las mugeres casadas en identidad de circunstancias y cuando los maridos saben ser cariñosos, hablando mas á nuestra razon, á nuestros sentimientos y deberes, que ajando nuestro amor propio. Después, me hizo esta curiosa explicacion de sus ideas contra ciertas costumbres establecidas.

—Has de saber, querida, que esta tierra muy pobre, tiene aun el sello de otra muy rica, que la separaba de España. Méjico enviaba aquí el sobrante de la inmigracion peninsular mezclada con poblacion ya verdaderamente mejicana, trayendo á este país las costumbres de una capital que en aquellos tiempos rivalizaba en magnificencia con muchas cortes de Europa. Los indígenas, por una parte, y los negros esclavos por otra, eran el pedestal de algunos millares de hombres superiores por su iniciativa, su actividad y su carácter. Los que, de ellos, venian á este país, traian todas sus costumbres, preocupaciones y necesidades, y organizaron aquí la vida, á semejanza de la de Méjico, menos la riqueza, menos la esplendidez y la abundancia, menos un comercio rico y activo, menos la esclavitud y menos todas las demás circunstancias que hacian de aquel país el emporio de America y blanco de las codiciosas miradas del mundo entero. Así es que, no pudiendo trasladar á Manila su ideal mejicano, se contentaron con las apariencias, á lo cual les ayudaba la baratura de todas las cosas, efecto de la miseria general. Un criado les costaba medio peso al mes, y no eran pocos los que servian por la sola alimentacion, porque los enviaban sus padres al lado de los castilas para que aprendiesen á hablar. En cuanto á las subsis-

tencias, eran muy baratas: no se consumian víveres de Europa porque no podían venir; la consignacion de vino para el culto era cosa oficial y encargo de los empleados de Hacienda el repartirlo. Solo á principios de este siglo principió á venir un poco de vino comun francés, procedente de la India. Por lo tanto, la gente de aquel tiempo comía arroz, carne, aves y pescado, todo á precios en relacion con los sueldos de 25 pesos al mes un capitan, y así las demás clases. No venian señoras, y los hombres se servian de hombres, naturalmente, y en gran número, que en eso consistia el barato lujo de entonces; y solo á hombres, y mejicanos por añadidura, podía ocurrir el convertir en cocinero al indio, el ser menos pulcro y delicado que se puede encontrar para ciertos trabajos. Hace treinta años todavía podian vivir bien tres ó cuatro hombres reunidos dando un real diario por cada uno para la compra, esto es, cuatro pesos mensuales, costándoles la casa otro tanto. El carruaje es lujo mas moderno: oírás á todo el mundo que no se puede vivir sin él, y sin embargo, á mediados del siglo pasado solo lo tenian en Manila el Capitan general y el Arzobispo. El monumento de Pineda, que está detrás de la iglesia de Malate en medio de una sementera, fué construido en un paseo al cual iba diariamente á pié el Manila de los tontillos y de los casacones. Cuando principió á generalizarse el uso de carruages, eran estos muy sencillos: costaban de 100 á 150 pesos, de 10 á 12 una pareja, 2 pesos al mes el cochero y otros dos el forrage. En algo había de gastar el dinero aquella gente.

Pero ¡cuanto va de tiempos á tiempos! Hoy pagas 60 pesos de casa, no tienes criados á menos de 4 pesos, das 8 al cocinero, el cual nos dá mal de comer gastando otros dos diarios aparte de los víveres de Europa, y no te cuesta menos de 35 pesos al mes, entre manutencion del ganado, cochero y deterioro del material, el carruaje. El problema es, amiguita mia, si todo esto es indispensable en cantidad y calidad, ó si se puede prescindir de algunas cosas y simplificar otras mejorándolas, por adopcion de los usos europeos y alejamiento de costumbres mejicanas que se nos imponen por corruptela y por nuestra desidia. ¿Vas comprendiendo?

—Si, comprendo—le contesté—pero ¿te parece cosa fácil vivir de diferente manera que todo el mundo?

—Facilísima, querida mia, cuando la diferencia consiste en suprimir, en rebajar y

en modificar. No sin alguna repugnancia, porque no me agrada entrar en tales pormenores, te voy á indicar las bases de la reforma, que tu podrás desarrollar después á tu gusto; pero antes necesito que me digas si te prestarías á algun sacrificio por tener cien pesos mas en cada mes, suma que, continuada, podría llegar á ser con el tiempo una fortuna para tí y para las niñas.

—Ya lo creo! ¿Y qué he de hacer para tener cien pesos mas?

—Gastar cien pesos menos, que es el resultado que me propongo si llegas á secundar mis deseos.

—Vamos á ver ese cálculo.

—Escúchame, pues, con atencion. Aquel tratado de economía doméstica que tenemos en casa, traducido del francés, divide en siete partes los recursos ordinarios de una familia de la clase media de asiento en París, y las destina como sigue: una á vivienda, tres á alimentacion y servidumbre, dos á vestir y á distracciones, una al ahorro. Veamos ahora como distribuyes tu los 250 pesos que te entrego todos los meses: haces cuatro partes, y de ellas gastas una en vivienda, otra en carruage y vestir y dos en comer y en servidumbre. ¿Y el ahorro? ¿Como se puede vivir en Filipinas gastando mas que en el centro de la disipacion, que es París? Si tu padre hubiera sido menos generoso con nosotros al despedirnos de él, nos encontraríamos llenos de deudas, y la deuda, dijo Madama Stael, es la lima sorda de la existencia. Siento que te pones trémula y que comprendes toda la gravedad de la falta que hemos cometido.

—Tu no; he sido yo la ligera.

—No, querida, que yo soy el verdadero responsable por falta de carácter para avisarte desde el primer dia á donde íbamos á parar con gastos que yo sabía eran superiores á nuestros recursos. Pero vamos á lo que importa, que es proporcionarte cien pesos mas cada mes por razonables economías.

Hay dos artículos de nuestro presupuesto que dependen uno del otro en su relativa entidad: la casa y el carruage. ¿Quieres que vivamos en Manila? En este caso no necesitamos carruage: por manera que tendremos ya por este concepto 35 pesos mas, y otros 15, de menor alquiler de casa, tomando otra mas reducida. Pero si quieres vivir fuera, la economía será menor porque tendremos carruage, aunque muy modesto, y casa mucho mas barata que intramuros.

En economía doméstica, como en el lujo,

todas las cosas estan ligadas, y así como este es insaciable en sus exigencias progresivas, aquella pide tambien cierta armonía general, trayendo consigo la supresion de un gasto, como cosa inmediata, la disminucion de otros. A menos vanidad de carruage y á menos casa, corresponden menos luces, menos criados y mucha menos necesidad y mas rara ocasion de otros gastos superfluos. Pero vamos á lo mas interesante, la alimentacion.

Mucho me daba que discurrir, recién llegado, la multitud de platos que nos ponía el cocinero en cada una de las dos comidas diarias, recordando que en Europa, y en toda casa particular, está abrumada de trabajo la muger que ha de presentar tres entradas en una sola comida. El gusto especial de estos guisos del país tambien me llamaba la atencion y quise explicarme ambos fenómenos. Sin decirte nada, entré dos ó tres veces en la cocina—¡ojalá no lo hubiera hecho!—y de entonces data mi repugnancia á todo lo que presentan en la mesa y el tener el estómago perdido. ¿Pero tu no has visto la cocina? Yo no pude menos de exclamar: ¿y de esta manera y en tales sitios y por tales gentes se prepara la alimentacion de la aristocrática Manila que encierra mas carruages particulares y mas libreas que Madrid?

—Ya sé, ya sé como es la cocina de aquí. Habla de otra cosa.

—No quiero: es preciso que te diga muy claro, que solo por un lamentable olvido de la mision de la muger, puede suceder que se sostengan la exigencia y costumbre de que un pobre diablo, desaseado sobre toda ponderacion, en un lugar sucio y teniendo por toda batería de cocina cuatro negros cachibaches de hierro y un pedazo de cáscara de coco con mango, que le sirve de único cucharon, prepare cuatro platos para el almuerzo y seis para la comida: porque es imposible de todo punto y de toda imposibilidad, que haya ni esmero, ni limpieza ni mediano resultado en los condimentos.

—¿Y que hemos de hacer si no hay otra manera de proporcionarse alimentacion en el país?

—¡Que no hay otra manera! Eso lo veremos; y si fracaso en el intento de buscarla, dame por difunto, porque yo necesito alimentarme y no puedo ya resistir ni aun la presencia de los guisos que hacen los tres ó cuatro cocineros que hemos tenido en este medio año.

—¿Pero es de verdad que te vas á meter á reformista de la cocina?

—Yo no: tu lo vas á hacer todo con menos trabajo y menos gasto que ahora. Yo me limitaré á apuntar algunas ideas.

—Curiosa estoy de saber como se hacen esos milagros.

—Que resbalas, Zoa! porque ya no habla tu razon sinó la preocupacion adquirida: eres ya la mejicana con sus tendencias al lujo y ostentacion sin condiciones, en lugar de la española, sin rival en el mundo cuando se trata de desplegar gracia, habilidad é ingenio para lucir y gozar con escasos recursos. Ten confianza en el resultado, si es que quieres hacer lo que yo te diga, lo que ya debía ser costumbre en este país y lo que es necesario para restituirme la salud.

Comprendí que la cosa era mas seria de lo que yo creía al principio, y me propuse complacer á mi marido que me hablaba de una exigencia necesaria á su bienestar. Son muy largos de contar los pormenores de esta verdadera batalla, y por eso te diré solo, para abreviar, que á los dos meses de esta conversacion, vivíamos en otra casa, no teníamos carruage, el patio estaba convertido en el mas alegre gallinero cerrado, y á cuantas personas iban á vernos, llamaba la atencion un gran aparador con su cerradura, que había en un rincon de la caída y del cual salía un tubo atravesando la ventana contigua. Aquello era, en su interior, una preciosa cocina con dos hornillas de hierro y en la cual solo se usaba carbon. Una buena muger, adiestrada por mi, preparaba los dos ó tres platos que yo mandaba hacer, inclusa la olla, que salía tan bien sazonada como en el mismo Madrid; un criado estaba á las órdenes de aquella muger solo para limpiar la vajilla y para ir á la plaza, no á comprar lo peor y lo mas barato, como conviene al interés y vicios de esta especie de contratistas de nuestra alimentacion, sinó á recojer diariamente la carne, pescado y hortalizas que le entregaba una excelente muger, vendedora de carne, con quien habíamos hecho contrato anticipándola una pequeña cantidad, correspondiendo ella á nuestra confianza con proveernos de lo mejor que había en el mercado y en la cantidad necesaria.

Lo cierto es que comíamos bien, mucho mejor que antes y gastando menos, si bien nuestra mesa ofrecía menos platos; mi marido dejó de quejarse del estómago. Lo de los cien pesos resultó verdad. Pero, en compensacion, algunas me llamaban rara y tenía menos visitas. Ya te contaré otro dia como

he podido trasladar el mismo arreglo á provincias, con mayores ventajas y no poca sorpresa de los que me decian que aquí se carece de todo absolutamente.

Recibirás por el portador un cajon que lleva algunas cosas de comer para que pruebes: todo es de casa, sin excluir el frasco de mantequilla, resultado de un primer ensayo hecho con una maquineta que había encargado mi marido con este objeto.

Sabes cuanto te ama tu rústica y provinciana amiga—ZOA.

CORRERÍA DE EMOCIONES FUERTES Y

UNA PROCESION EN LA SELVA.

(Dedicado al Excmo. Sr. D. Claudio Montero Jefe del Depósito hidrográfico.)

I.

Habíamos pasado la noche en Cabanatuan, cariñosamente acojidos en la casa del Fiel, y nos preparábamos á seguir hácia la contracosta nuestro camino, ya no practicable para carruages. Seis caballos estaban á la puerta ensillados. Los mas diligentes de la partida, escojieron pronto su cabalgadura, quedando para los menos expertos ó mas descuidados, unos verdaderos jamelgos de lanoso pelage que tal vez estrenaban monturas en aquella ocasion. Era temprano y la cosa urgía, porque queríamos pasar las cinco ó seis leguas de despoblado en las primeras horas de la mañana. Pronto el pequeño escuadron se puso en marcha, á ese maldito trote que usan cuando van á prisa, en este país, los que no saben sacar al caballo el ligero y menudo paso de andadura que se obtiene refrenando mucho y picando continuamente, paso tan semejante al del borrico castellano.

Pero iban allí algunos que no conocian ese arte ni tenian la costumbre de montar á caballo, y el no quedarse rezagados, les costaba esfuerzos inauditos de equilibrio, y una tortura espantosa, porque los trotones les iban destrozando, literalmente, los músculos en contacto con las fementidas sillas de sus pencos. No era cosa, además, de abandonar la compañía en sitios entonces muy recorridos por los tulisanes, por carabaos cimarrones y con muchos vados que el caiman frecuente. Si el dolor decia ¡espera! la vergüenza y el miedo decian ¡adelante! A las dos horas de ese martirio, ya uno de los improvisados ginetes padecía fiebre y deliraba ¡in

feliz! pero delirio poético, como el de aquellos versos que le oímos:

«La sangrienta ración de carne cruda.

Sobre la silla sentireis hervir.»

El escuadron iba á la desfilada: no daba el camino para mas. Los de delante corrian como alma que lleva el diablo, aguijoneados por el deseo de evitar una insolacion, apesar de ir convertidos en ramillete de *lagundi*. Los de atrás ya no corrian, sinó que eran como fardos inertes cargados en cabalgaduras que seguian el paso de las delanteras.

Aquello debia terminar porque todo acaba en este mundo. *Tout passe, tout casse, tout lasse*. Media hora mas que hubiera durado, se habría encontrado el escuadron con cinco hombres y seis caballos. Al apearse en Bongabong, repararon los primeros que uno de los ginetes no parecía; se asomaron al balcon de la casa y lo vieron, á modo de centauro, formando parte integrante de su caballo, inmóvil y encojido al mismo tiempo, con los ojos medio cerrados y la mas dolorida fisonomía que puede ofrecer un cristiano, mientras su caballo, enteramente libre, despuntaba la grama del camino.

—¿Que hace V. ahí hombre de Dios? Esta es la casa: apéese V.

—¡Que me apee yo!—dijo con palabras entrecortadas por los gemidos.—Eso se dice facilmente; pero como se hace, yo no lo sé. En este momento no tengo certeza de que estoy vivo, puesto que no puedo mover brazos ni piernas. ¡Desdichado de mi! Vean, por caridad, si hay en el pueblo algun cirujano ó mediquillo, y que traiga por lo menos una ganta de *tagulaoy* y otra de árnica, que hay mucho que remojar y aun algo que entablillar.

Condolidos los demás del escuadron llamaron gente, bajaron tambien ellos, y con las mayores precauciones, cojieron y subieron en volandas, entre cuatro, al mal-ferido caballero que no se podía tener en pié, y lo mas triste, mucho menos se podía después tener sentado. El caso principió á parecer grave, y como no había doctor á mano, se resolvió celebrar formal consulta de lo que habría de hacerse para curar al inválido y en condiciones de rápida convalecencia, porque era necesario que volviera á andar el dia siguiente otras seis horas tambien de trote desafortado.

El paciente dejaba decir y hacer, ó mejor dicho, sostenido por los brazos, no oía ni entendía, y se dejó llevar á un pequeño cuarto inmediato donde se le deberian apli-

car los recursos terapéuticos que la junta propinase. Allí le dejaron, poniéndole sillas al lado para que se sostuviera, en tanto se discutía y preparaba la medicina. Un cuarto de hora después apareció uno de la compañía con una aljofaina, diciéndole:—Ahí tiene eso hermano: nada en opinion de la junta, conocen la ciencia y la experiencia mas eficaz para su enfermedad. Lábesese, abluciónese y enjuáguese con abundancia en todos los ángulos entrantes y salientes doloridos, sin miedo á que se gaste, porque quedan aun catorce frascos en el botiquin.

El ferido caballero dirigió una mirada á aquello, y se sintió morir de pena cuando vió que cerraban la puerta y le dejaban solo, no pudiendo él cambiar de posicion. Al fin, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, principió á prepararse al remojon mas abundante que le fuera posible ¡tantas eran sus ganas de sanar! No sin mucho trabajo se dispuso á echar del agua salutífera en sus horribles lesiones externas; pero, sea error, torpeza ó debilidad, fueron las lesiones las que cayeron en el agua.

Lo que allí pasó aun no se ha podido averiguar con certeza: un alharido que resonó en el mismo Caraballo, y un golpe en el techo, que era bajo, fué lo que se sintió desde la habitacion inmediata. Después, y por conjeturas, se llegó á comprender que al tomar cierto baño parcial en la aljofaina ilena de aguardiente ginebra, que él creía agua clara, el paciente había dado un salto tal, que tocó con la cabeza en el quízami produciendo la conmocion de toda la casa. ¡Santo remedio! Momentos después se asociaba á la compañía perfectamente sano y pidiendo á voz en cuello que le diecen alimento, porque le había dejado un tanto débil la operacion.

No menos ánsia mostraban los otros por un almuerzo cualquiera; pero no estaba hecho, y los fondistas de Bongabong se habian declarado en huelga. ¿Qué hacer en tal conflicto? Fué unánime la resolucion de atacar lo que se encontrase á mano, saliendo pronto á luz salchichon, galletas y un queso de Chester en lata. Tal era la impaciencia y tan escaso el personal de servicio, que se emprendió la faena de abrir esta. Uno le asestó en balde una tremenda puñalada con el cuchillo de monte, mientras otro sujetaba la lata y un tercero daba fuertes golpes, á guisa de martillo, con la culata de su rifle. Instantaneamente penetra el cuchillo, sale un chorro de fétido gas que produjo un movimiento rápido

de retirada, no sin que el del rifle diera con este en el globo de cristal que estaba pendiente del techo y que cayó hecho pedazos sobre las cabezas de los tres campeones. ¡Todo vaya por Dios! No estaban de buenas aquel día, porque les pasaron otras varias peripecias largas y difíciles de contar.

Muy de madrugada, al día siguiente, caminaba el escuadrón al trote con dirección al valle del Sabani.—¡Cuidado, señores, en los vados porque hormiguan en estos ríos los caimanes, que hace pocos días, de un coletazo echaron á un chino del caballo abajo, devorándolo en un momento!—Después de tan poco tranquilizadora advertencia, salía el guía con esta otra, al pasar senderos de cogonal y bosque:—Por aquí anda un carabao cimarrón que suele plantarse en medio de la senda.—¿Y que sucede cuando se planta?—Que embiste.—¿Y después?—Que sale bien librado solo el que se hace el mortecino en tierra, porque entonces el carabao se contenta con darle una ligera pateadura y consumir alguna grave indecencia por apéndice, dejando á la víctima todo lo humillada que puede suceder.

—¿Y ataca sin excepcion?—Suele no atacar á los que van montados en carabaos mansos.

No cayó en saco roto la noticia, porque momentos después, y á pretexto de hacer un ensayo, cambiaba uno del escuadrón su cabalgadura por el carabao en que iba un indio, después de colocada en él, una manta á modo de silla. Ya acomodado el nuevo caraballero, recibió del indio las riendas, que consistían en el mecate sujeto á la ternilla de la nariz del animal, y en otro mecate que iba á dar al extremo de la cola. Suponiéndole enterado de la razón y uso de ambas riendas, ó por no saber explicarlo, el indio no advirtió nada al ginete, resultando poco después una tragicomedia tal vez más peligrosa que la misma embestida del carabao cimarrón.

Fué el caso que el hombre dió en cabilar sobre la significación de la rienda de atrás, y decidió in pectore que era absurda y ridícula é indigna de ser llevada por una persona de sus circunstancias. Pasando después, un vado, el carabao, que se sintió aliviado en su apéndice posterior, de toda coacción extraña, obedeciendo á su instinto y placer, se arrodilló en medio de la corriente y de manera que, sacando del agua solo el hocico, proporcionaba un magnífico baño hasta la cintura al pobre caballero, que en aquel mo-

mento veía más cocodrilos que los nacidos en el Nilo desde los Faraones hasta nuestros días. La cosa no pasó de ahí; pero es aun problema encrespado entre los de aquel escuadrón, qué era lo que preocupaba más al paciente, si el remojón ó el miedo al caiman.

Sin embargo, se reconoció que era necesario tomar precauciones para evitar un lance; entre ellas, el ir más inmediatos unos á otros y dispuestos, ya que tenían armas, á defenderse de carabao, caiman y cualquiera otro enemigo que apareciese por tan peligrosos audurriales. En efecto, siguieron con los rifles metidos unos en cajas y otros en fundas y al paso que sus caballos permitían. Hombre prevenido vale por dos. Suerte fué para ellos que los carabaos cimarrones no estaban de humor de aventuras, porque de lo contrario, hubieran sufrido aquellos alguna pateadura, amen de la consiguiente grave descortesía que usan los carabaos con los vencidos.

Aunque llenos de sangrientos arañazos en manos y cara, hechos por las ramas espinosas del bosque, salieron indemnes del paso más difícil y entraron en espeso y altísimo cogonal, que los ocultaba á la vista unos de otros, necesitando llamarse de cuando en cuando para no perder la pista del guía. A medida que avanzaban oían más distintamente un pavoroso fuego graneado que no sabían á que atribuir: el guía aumentó su alarma y perplejidad advirtiéndoles que aquello era el ruido del cogonal que ardía por alguna parte, recurso empleado por los pastores para despejarlo y proporcionar pasto mejor á su ganado. Pero lo apurado del lance consistía en que no veían humo y no podían saber el lado y la dirección del incendio, calculándose entonces en media hora de camino el que, avanzando ó retrogradando, habría que recorrer para salir del cogonal, y ese era tiempo más que bastante para encontrarse envueltos por las llamas que tan rápidas corren en sitios como esos. ¿Qué hacer? Se consultaban con la vista y arremolinados, la resolución más segura.

—El barlovento, señores, el barlovento!—decía un marino.—Esa es nuestra salvación.

—¿Y donde está el barlovento?

—¡Brava pregunta! Es el rumbo contrario al sotavento.

—Bien, hombre bien: diga V. de prisa donde está el sotavento para que yo sepa cual es el barlovento.

Era el caso que no sentían la menor brisa, antes bien una calma sofocante, y estaban ahogados por aquel mar de cogon cuyas

plantas eran gruesas, altas y muy semejantes á la caña de Europa. Por unanimidad se decidió que el marino y el guía irían en cabeza poniendo á su cargo y responsabilidad la dirección, como mas entendidos, pues así quedaban perfectamente tranquilos los otros en cuanto á dicha responsabilidad. ¡Ellos cuidado! decía la mayoría con un tono que se podría interpretar: el asunto ya no nos concierne; que obren como les dé la gana.

Fortuna, casualidad ó providencia fué que, siguiendo la misma dirección anterior, sin duda porque ya estábamos á barlovento cuando principió el incendio, se fué desvaneciendo aquel siniestro ruido á medida que avanzábamos, volviendo á los ánimos alterados la mas completa tranquilidad.

El lance dió motivo á pesadas burlas sobre quien había tenido mas ó menos temor y se había puesto mas ó menos pálido, y en este regateo caminaban entretenidos, cuando al descender de una pequeña loma del cogonal, descubre uno á distancia como de un kilómetro, avanzando en dirección paralela de nuestro escuadrón, una serie de pequeños bultos negros que se movían como á saltos, ora apareciendo, ora ocultándose en el cogonal. La vista de aquella línea de seres vivos en movimiento y que no se podían distinguir bien, produjo un efecto terrible. Se reúnen todos, lo mas inmediatos unos á otros, y sin que nadie lo advierta, todos empuñan sus armas y examinan su estado como aprestándose á feroz combate. No se sabe quien fué el primero que pronunció la palabra fatídica, que allí todos se repetían al oído como un secreto, con aspavientos capaces de amedrentar al mismo caballero de los Leones. ¡Los ilongotes!... ¡Los ilongotes!!!... los ilongotes!!!!

Dispuestas ya las armas, se trató del plan de batalla que se debería adoptar, sin que durante la discusión separase ninguno la vista de la terrorífica línea moviente de puntos negros, en la cual creían algunos descubrir lucientes liguas y largas lanzas de moharra pabonada por la sangre de tantos cristianos. Uno del escuadrón hasta llegó á descubrir al jefe de los ilongotes que llevaba por divisa algunas plumas en la cabeza, era el mas alto y de muy fea catadura. Esto pasaba á fines de Diciembre y hacía frío, que en aquel momento debió sentirse mas porque casi todos levantaron los cuellos de los abrigos. La verdad es que la idea de una ligua basta á poner de moda la emballenada corbata de nuestros abuelos.

Siguiendo los ilongotes la misma dirección

que nosotros, aunque á una respetable distancia, el conflicto tendría que resolverse pronto; pero había un recurso, la retirada, evitando ocasiones de efusión de sangre que es cosa detestable y criminal. Decidieron los seis campeones que no parecía regular armar camorra á aquellos pobres salvajes por sanguinarios que fuesen, y solo emplear las armas si ellos atacasen. Después de tan cuerda resolución, se discutió si debería seguir su marcha el escuadrón ó volver grupas al enemigo. Se dieron allí tan buenas razones en pro y en contra, que no se aceptó ninguno de los dos partidos, que era lo mismo que resolver no moverse. En esta incertidumbre todos y con el dedo en el gatillo, dijo uno que la línea de los puntos negros que andaban, parecía tomar dirección á cortar la senda que era nuestro camino. Todos miraron, agrupándose de manera que formaban un muro impenetrable de caballos, un carabao y sobre ese muro unos cuantos hombres armados hasta los dientes y con fisonomías bien poco agradables en aquel momento; pero hay que confesar que la apostura era decididamente guerrera, y aquellos puños parecían bastante firmes para sostener en buena puntería el pesado rifle que servía de arma al mayor número.

Todo esto había pasado en unos diez minutos de mortal ansiedad, durante los cuales el guía, que no era muy ducho en castellano, no hacía mas que dar vueltas alrededor de nosotros; mirarnos y mirar hacia donde todos dirigíamos la vista; pero estando á pié entonces, no veía la línea de puntos que creíamos ilongotes de los mas fieros que alberga la cordillera de Baler. En aquellos momentos supremos, de aprestarse todos á vender caras las vidas, esto es, cuando se creyó que los salvajes nos salían al encuentro, el guía vió algo, miró detenidamente, y lanza un alharido de esos que se oyen en las montañas, y emplean los pastores para llamarse á mucha distancia: de la línea de puntos contestaron otro alharido, y el guía, con la cara mas risueña del mundo, montó á caballo, señaló aquellos objetos y avanzó hacia ellos con la mayor confianza.

Yo quiero ver al mas pintado en aquel lance. ¿Era que nos vendían traidoramente? ¿Qué significaba esa inteligencia entre el guía y los enemigos que teníamos al frente?— ¡Firmes todos señores! Veremos en que para esto.—Y allí estaban aquellos seis hombres bizarros en disposición de resistir la embes-

tida de una coalicion de todos los salvages luzonianos. ¡Llor al valor sereno!

No sé hasta cuando hubiera durado aquella belicosa actitud espectral, si no apareciese de nuevo el guía con otros dos individuos que reconocimos por compañeros de los que en el dia anterior habian sido enviados con los carabaos cargados de provisiones y otros efectos al lugar de nuestro destino. La línea de puntos negros la formaban los salacots, las puntas de los cuernos de los carabaos y los extremos mas altos de los bultos de carga, que asomaban por el cogonal. ¡Hagamos justicia al valor desgraciado! Ninguno en el escuadron se atrevió á reirse de la aventura, y hoy es el dia que ni aun se la recuerdan unos á otros los interesados. Aconsejo al lector que si conoce á alguno de ellos no le hable del asunto, ó lo podrá pasar muy mal.

Reforzada la columna con el tren de batar, siguió por aquellos cogonales y bosques hasta el hermoso valle del Sabani, en cuya estrecha garganta de entrada, ya encontró huellas del trabajo del hombre, sin las cuales el campo ofrece bien pocos atractivos, antes bien motivos de perenne desasosiego, aun al mas animoso y aficionado á las florestas vírgenes y magníficos cuadros de la vegetacion intertropical. El cogon tambien dominaba en el valle, mientras en las vertientes de los montes, en todo alrededor, y precisamente en los sitios donde se había hecho el corte de maderas para la fragata *Esperanza* en 1830, se elevaba frondosa y compacta la arbolela de gigantes narras, molaves de menores dimensiones y otras especies estimadas igualmente para la construccion urbana y naval; siendo de notar que en los treinta y dos años transcurridos desde aquella famosa tala verificada por marinos, y que los murmuradores de la época aseguraban ser suficiente para construir toda una escuadra de diez navios de línea, se había repoblado el monte, y de las mismas especies, en términos, de saberse solo por los ancianos que aquel había sido el sitio en que se cumplieron en breve plazo las órdenes del entendido general Enrile, para un considerable acopio de maderas, que vinieron á bañarse por el rio Coronel.

Los grandes manchones de cogon en las lomas de Luzon, que no se encuentran en elevadas cumbres ni en terrenos de aluvion de escasa altura sobre el nivel del mar, hacen aquí el papel de las estepas en Europa. Donde el cultivo no impone al suelo la pro-

duccion, es el bosque señor de él; pero se encuentran extensas zonas de cogonal, cuyas raíces no permiten la germinacion de ninguna otra semilla. Lo quemán los pastores en la estacion seca, y brota inmediatamente la misma planta, que es un pasto agradable, cuando tierna, para toda clase de ganado, que no por despuntarla la destruye, antes bien parece que la dá mayor fuerza castigándola.

Hipótesis varias hemos oido sobre la enérgica vida de esa planta, exclusiva dominadora de ciertos terrenos. Hay quien cree se debe á talas devastadoras verificadas en esos sitios, lo cual es inadmisibile por existir bosques mas inmediatos á los centros de poblacion; otros creen hubo incendios de bosque, y esto no ofrece mas apariencia de verdad; tambien se dice es calidad especial de la tierra, que no hemos visto diferenciarse notablemente de la cubierta por bosque ó por vejetacion de cultivo. Esa planta pertenece á la familia *sacharum*, y como tal es hermana de la caña-miel. El P. Blanco designa al cogon con el nombre de *sacharum Kanigii*, que es lo mismo que decir: azúcar de Kenigio. ¿Qué ó quien es Kenigio?

II.

Llegó al fin la expedicion al punto designado para campamento y terminó de su penosa jornada de aquel dia; y digo campamento, porque no había posibilidad aparente de alojarla en la pequeña casa que allí encontró. Sin embargo, tomada la cosa con mas calma, se fueron acomodando los de los rifles, y á las dos horas tenian un banquete homérico por la cantidad de carne, parisien por la delicadeza de los vinos, campestre por la primitiva sencillez del servicio, descansando después sobre sus laureles.

Apenas había anochecido, se vieron agradablemente sorprendidos por la mas estraña serenata. Tres ó cuatro flautas acompañadas de tamboril hacian oír una melodia tan original, tan verdaderamente pastoril, bien sostenida y agradable, que se quedaron embobados escuchándola. ¡Qué nuevo! ¡que raro! ¡que bonito! fueron las exclamaciones de los seis, que tan pronto cesó la música, salieron á enterarse de quienes la daban.

A una legua de aquel sitio, y ya cerca de la contracosta, había un grupo de casas, una especie de ranchería compuesta de cuarenta ó cincuenta familias, procedentes de Pangasinan, Ilocos y provincias tagalas. Allí es-

taban desde diez ó doce años antes, y á seis leguas de la parroquia mas cercana. Labraban algunas tierras de aquella hacienda y esperaban una imágen de la Virgen y una campana que les habia ofrecido el amo para cuando tuviesen hecha una capillita. Sabida por ellos la llegada de los castilas, iban á saludarles y á enterarse de si les llevaban la ofrecida imágen: esos eran los de la música. Luego que supieron que estaba satisfecho su deseo, y obsequiados con algo fuerte, se retiraron ofreciendo volver el dia siguiente y en mayor número, para llevar á la Virgen en procesion hasta su barrio.

Los seis castilas tomaron á pechos el cooperar al mayor lucimiento de esa fiesta que no estaba en su programa, y apenas amaneció el dia siguiente, ya estaban ocupados, con algunos naturales, en el trabajo de improvisar dos sencillas andas de caña y follage, representando una el templete para la pequeña imágen, y la otra una torrecilla en la cual se colocó la campana.

Fué después de comer cuando, reunido ya el acompañamiento, se organizó la procesion que tenía mas de una legua de carrera por sendas angostas y vadeando cuatro veces un rio, que es el mismo de la Pampangá cerca de su nacimiento. Marchaba en este orden: la torrecilla de la campana llevada por dos hombres; les seguian algunos otros armados; en pos de estos la música de flautas y tamboril; otros cuantos acompañantes armados; por último, la imágen en sus vistosas andas de follage, y detrás los seis castilas á caballo.

No se habian dado cuenta estos al principio de todo el efecto y toda la solemnidad de aquella comitiva. Al cuarto de hora habia cesado entre ellos la alegre conversacion: reconcentrados en un mismo pensamiento, no se comunicaban sus impresiones. La música tocaba á intervalos y la campana no cesaba de dar al viento su atiplado son que se estendia por aquellos campos hasta los bosques vecinos, no alterados desde la creacion por un ruido semejante. Llegados á sitios donde habia algun cultivo, vieron los castilas que algunas mugeres y niños bajaban desalados por la loma á encontrar la procesion, y al llegar á las andas, detenerse los hombres que las llevaban, y las mugeres arrodillarse delante, besar las andas y enjugarse los ojos. Poco mas allá, otras aparecian tambien, y algunas con niños de pecho, arrodillándose como las primeras, y asidas fuertemente á las andas, sin permitir que se moviesen de aquel sitio los que las

llevaban hasta que tocaban en ellas los cuerpos de sus hijos.

Nosotros estábamos fuertemente conmovidos y ya entonces dimos rienda suelta á nuestras reflexiones.

Estos desgraciados, decia uno, llevan tal vez muchos años privados de los consuelos de la Religion. Seis leguas de distancia con bosques de peligroso tránsito los separan de la iglesia mas cercana!—¿Sabrán aun rezar? decia otro; yo creo estaria bien que los que de nosotros sepan cantar una *salve*, esa oracion tan poética y tan sentida, le hagan al depositar en la capillita la imágen, y los demás les acompañaremos como sepamos, para escitar mas aun, si cabe, con el ejemplo, la devocion de estos rudos naturales.

—Yo, añadia otro, nunca he sentido mas vivas que en esta soledad de bosques y campos desiertos y ante esta sencilla é improvisada manifestacion religiosa, las ideas que recibí de mi madre.—Esto me encanta, y me asocio con todo mi corazon á los sentimientos de VV.—decia uno de los seis que no pertenecía al gremio de la Iglesia católica.

La procesion llegó al pequeño barrio, y allí, á la puerta de una capilla que tendria poco mas de seis metros en cuadro, y curiosamente construida con cañas, esperaban unos cuarenta indios, hombres y mugeres, que daban gritos de alegría al ver las andas de la imágen. En pocos minutos fué colocada esta en el altar, y la campana fué subida á la torre diminuta que coronaba la capilla.

Los seis castilas se habian apeado, veían hacer y observaban que ni uno solo de aquellos indios estaba parado: todos querian tomar parte en la preparacion de su fiesta. Colocada la campana y después de atado á ella un bejuco con el cual la hacia uno sonar desde abajo, entraron todos en la capilla, se arrodillaron, y dos mas ancianos, puestos á inmediacion del altar, entonaron una cancion religiosa, que siguieron todos los demás, y después guiaron un rosario, cantando al cabo de cada estancia, un motete con una música muy severa y agradable.

Estábamos atónitos. Aquella gente no sabia solo rezar, sino que, en la manera de hacerlo y en sus cánticos religiosos, demostraba que lo practicaba con frecuencia, apesar de los poco claros motivos que les habian obligado á ocultarse en aquel desconocido rincon de los montes de Nueva Ecija. Rezaban en pangasinan, y esto indicaba la procedencia del mayor número.

Después del Rosario, que duró cerca de una hora, salieron y nos improvisaron, ya de noche, una fiesta en que no faltaron música y baile. Era esencialmente filarmónica aquella pequeña colonia: algunos tocaban; todos, hombres y mugeres, sabían cantar, y no faltaban tampoco bailarines.

Pero esos bailarines y esos artistas eran muy pobres. Sin nuestras provisiones, hubiéramos tenido por cena única *mongos*, que era cuanto había en el barrio. Los *balugas* de aquellos montes ¿se acuerda V.? nos regalaban javalíes y venados; mientras los hombres del llano, y civilizados por añadidura, no tenían que comer. ¡Aquí del filósofo ginebrino que prefería el estado de naturaleza! Hay mas aun; los *balugas* tenían en menos á los hombres civilizados. ¡Es claro! no disponían estos de capital para comprarles los productos del bosque. ¡Que diantre de observacion! A poco que uno la estire, resulta que civilizacion sin capital es la carabina de Ambrosio. ¿Qué dirán á esto los literatos? A mi no dejó de darme motivo de cabilacion el ver flacos y abatidos á los artistas y gordos á los *balugas*.

¿No recuerda V. aquellos momentos, querido amigo? Ha llegado V. á sentir durante la fria estacion y en Madrid, frio igual al que sentimos, á la falda del Caraballo de Baler, en aquella noche de Enero de 1862?

E. V.

BIBLIOGRAFIA FILIPINA.

Catálogo de obras publicadas sobre este país, por órden alfabético de títulos de las mismas y nombres de los autores.

(Continuacion.)

LAFOND. *Quince años de viajes al rededor del mundo.*

«Lafond residió en Manila bastante tiempo; mandó un barco que se perdió en las Carolinas y estuvo náufrago en las islas Marianas, mientras se le proporcionó regresar otra vez á Manila; pero no es de esta época de la que habla en el primer tomo de su obra, único que ha llegado á Manila, sinó de las impresiones de su primer viaje siendo pilotin de la fragata *Fils de France* de la que era facultativo D. Pedro Genú en 1818. En todo lo que, de este tiempo, ha escrito Lafond, se ve el carácter de verdad propia

de un sugeto instruido que se enteraba de las cosas; solamente no se le puede perdonar la exageracion con que dá á sus imágenes una faz romántica que las desfigura hasta el punto de no conocerse lo mismo que describe: pondré un egeemplo:

«Todo el mundo sabe que en San Roque, lo mismo que en Tondo y en los demás pueblos playeros, se vende de noche el pescado á la luz de los *juepes*, que juntan el mal olor de la brea al malísimo del pescado, por lo cual se huye de tales sitios, solo frecuentados de nuestros criados ó de los pobres que van allí á comprar lo necesario; pues bien, en boca de Lafond todo esto es poético; veamos como se explica:

«San Roque tiene un mercado de pescado. «El pueblo ofrece entonces una vista extraordinaria y verdaderamente sorprendente. El «mercado es de noche; la plaza en que se «celebra está iluminada, así como las tiendas, «por una infinidad de antorchas de resina. «Estos rios de luz repartidos entre las casas que rodean árboles cargados de frutas y «de flores; este pueblo bañado por el mar «cuyas aguas reflejan la luz de las antorchas; estos pescadores llegando en tropel á «la orilla en sus ligeras piraguas; estas mugeres de garboso y esbelto talle acudiendo «para hacer sus provisiones; oficiales, soldados de la guarnicion, de uniforme, y en «medio de esta multitud animada y alegre, «las *petimetras* de Cavite mostrándose adornadas con todas las galas de su tocador; «este conjunto es delicioso, incomparable.»

Hasta aquí Diaz Arenas en sus *Memorias históricas y estadísticas*. Este autor olvida, en su juicio crítico, que la descripcion de que copia un trozo, es la obra de Lafond *pilotin*, esto es, de un jóven, muy jóven aun, aficionado á las letras y de rica imaginacion. El llamar á los *juepes* antorchas, no es exageracion, ni tampoco el ponderar el gracioso conjunto de un mercado de noche y al lado de casas rodeadas de follage; siendo el de San Roque, en efecto, uno de los mas pintorescos. La que es verdaderamente exageracion de Arenas, es decir que á esos mercados solo van los pobres y nuestros criados, pues ni estos hacen compras por la noche, ni á un mercado de pueblo dejan de acudir personas acomodadas, de las familias indígenas, por ser esta una costumbre de ellas; ni tampoco despiden mal olor esos mercados al aire libre, que otras personas han visto con la misma mirada poética que Lafond. *Sui cunque.*

LETONA. (Fr. Bartolomé.) Descripción de las Islas Filipinas. Manila 1662.

No conocemos esta obra, de la cual se hace mención en la del P. Huerta. (Véase este nombre)

LA PEROUSE. Copiamos de Diaz Arenas (*Memorias históricas y estadísticas*):

«Lo que sobre estas Islas ha escrito el desgraciado *La Perouse*, de quien no se supo más, puede apreciarse bajo dos conceptos: 1.º en lo que era de su facultad que merece entera fé; 2.º en lo que no era del resorte de su carrera, que no la merece por la prevención con que escribió.

«Esta prevención se manifiesta á las claras y sin rodeos contra el gobierno local y contra el Clero. Además, un hombre que llegó á Cavite el 28 de Febrero de 1787 y salió para China el 10 de Abril siguiente, mal podía conocer un país en que solo estuvo cuarenta dias, la mayor parte del tiempo ocupado en la carena de sus buques; así es que admira se hubiese atrevido á escribir como lo hizo, pero no sorprende, por lo mismo, el que lo equivocase todo; por ejemplo, se muestra muy agradecido del Intendente que le regaló, á su partida, una colección de caracoles, y dice que este Intendente se llamaba D. Gonzalez Carbagnal.

«En otro párrafo asegura que los habitantes de Panay y de Mindoro son moros y no reconocen más gobierno que el de sus príncipes particulares llamados sultanes.

«Por este estilo, un marino tan entendido empezó á desbarrar cuando se metió á historiador. Dejémosle aquí y hagamos justicia al cosmógrafo.

«La Perouse demostró que la situación del Bajo de la Plata estaba 25 millas más al Sur en la carta de Dalrymple que había copiado Daprés; que no merecían ninguna confianza las de la costa occidental de Luzon y bahía de Manila, y que la posición que se daba á los bancos de Masinloc y Bolinao tampoco era exacta.

«En Cavite hizo observaciones, y situó aquel puerto, así como Manila y otros:

«Antes de llegar á Cavite había pasado por las islas Marianas, donde demostró por buenas observaciones que los jesuitas habían calculado bien las distancias de unas á otras; pero que estaban situadas treinta millas más al Norte, cuyo error de las cartas de aquellos padres se había perpetuado por todos los geógrafos que las habían copiado.»

LAVOLLÉE (Charles). *L. Archipel des Philippines et la domination espagnole. Revue de deux mondes*—15 Junio 1860.

Se refiere principalmente á la obra de Bowring.

LECLERC (Ch.) *Bibliotheca americana. Catalogue raisonné d'une tres precieuse collection de livres anciens et modernes sur l'Amérique et les Philippines, etc. etc.* París 1867.

«Cita 1647 obras: de este libro se han tomado bastantes noticias para completar las presentes notas bibliográficas.» (Vidal. *Memoria de Montes*.)

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Eran ya extremas la impaciencia y la ansiedad por noticias de la expedición contra Joló al cabo de veinte dias; no porque presumiese nadie alguna grave contrariedad, sino porque afecciones de familia, en unos, curiosidad en otros y nobles sentimientos en todos, aguijaban aquel inmenso interés hacia tan civilizadora empresa. Hasta los periódicos, con la intemperancia de frase á que son inclinados cuando, á falta de hechos que relatar y comentar, dan rienda suelta á la imaginación, reflejaban el malestar general.

Por fin, á la caída de la tarde del sábado 26, circularon las noticias traídas por el vapor *Leon* el mismo dia, y directas del campamento formado en el punto llamado Paticolo, separado de Joló por una distancia de menos de una legua, aunque por ser toda de monte y bosque espeso, representa cuatro horas de viaje para las tropas, después de abierta seuda, en lo cual trabajaban los presidiarios con actividad y éxito.

Al desembarcar nuestras tropas hubo una ligera escaramuza con moros saliendo repentinamente del bosque, y de la cual resultaron algunos de estos muertos, huyendo á la desbandada los demás; pero, y siempre ha sucedido lo mismo, también tenemos que lamentar catorce bajas, entre ellas un oficial herido, y ocurridas en un peloton que penetraba en aquel con más ardimiento que cautela.

El desembarco se verificó el 22: se creía que el 24 estarían las tropas á espaldas de las cinco cotas joloanas para atacarlas en combinación con la escuadra.

El *Diario de Manila* y el *Porvenir filipino* han publicado en sus números del 27 curiosas descripciones debidas á sus correspondientes.

Península. Desprovisto de interés ha sido el último correo llegado el miércoles. Se puede decir que las cartas y los periódicos no hablan sino del crudísimo invierno, que todo lo tenía paralizado.